

M de mamá

Adicciones es uno de los términos escritos en el cartel de entrada del centro en el cual trabajo. En la sala de espera, llamo por el nombre que está agendado y se levantan dos personas, Manuel y su tía. Pregunto por quien es la consulta, se miran entre los dos, y la mujer responde: “para él”. Antes de entrar al consultorio, Manuel pregunta sorprendido si su tía no tiene que entrar para acompañarlo.

Durante esta primera entrevista, dice haber realizado un tratamiento ambulatorio en un centro con un cartel similar, donde luego de un año y medio en “casa de día” obtuvo el alta institucional. Dos años sin consumir drogas y, desde hace seis meses, ha vuelto a inhalar cocaína diariamente, hecho que, según refiere, le trae problemas con su familia, en especial con su esposa y sus dos hijos, además de hacerlo sentir “mal por haber vuelto a consumir”.

Hasta acá, un relato saturado del marco institucional común en algunas de las propuestas actuales en los tratamientos de toxicómanos: la sustancia en primer lugar, la familia, la culpa. Sobre el final de esta primera entrevista, me pregunta nuevamente si voy a entrevistar a su tía, a lo cual respondo que yo lo voy a escuchar a él.

El circo de mamá

Manuel dice que su madre le maneja la vida, metiéndose en cuanto momento encuentra para ello. A sus veintiséis años, lo trata como a un chico; va todos los días a su casa, entra a su pieza, abre la heladera sin permiso, se lleva una bolsa con ropa para lavar, y practica una vasta serie de intromisiones que lo ponen muy nervioso. Sencillamente, pareciera no anoticiarse de que su hijo formó una familia. A Manuel lo exaspera que su madre esté todo el tiempo pendiente, y que considere que él hace mal todas las cosas que hace. Desde que él se acuerda, las cosas fueron así. Cuando era chico, su madre siempre estuvo encima de él, hacía sus deberes, dormían juntos: “salvo para el fútbol, para todo estaba ella”.

Ella quiere que él le dé explicaciones para todo y él cumple al pie de la letra. Le digo que esto no lo entiendo, que una cosa es que ella le pida explicaciones y otra muy distinta es que él se las dé. Luego de un momento de sorpresa, me dice que siempre fue así, que no sabe cómo hacer para...decirle (se le silencia la voz antes de imaginar qué podría decir): “¡Vos no sabés cómo se pone! Yo nunca pude decirle nada a mi mamá, yo siempre hice lo que ella quiso”.

Relata una serie de escenas en las cuales su madre le dice las cosas que tiene que hacer y que él efectivamente realiza. Pintar afiches para el partido político de ella, hacer asados para los militantes, pintar su propia casa del color que ella elige, visitar parientes a su gusto, mandar sus hijos a la escuela que ella dice, trabajar en los lugares que ella digita, entre otras, son algunas de las cosas que Manuel realiza sin preguntarse ni siquiera porqué. Afirma que cuando se opone a ciertas demandas de la madre, ésta se descompone seriamente y, llevándose una mano al pecho, necesita tomar cierta medicación. Cuando logra decirle algo, se siente mal, siente que está equivocado, que no la puede ver mal.

En cierta ocasión, al tiempo de conocer Manuel a su primera novia, quien luego sería su esposa, en la puerta de calle, su madre contempla la escena de un abrazo y un beso cuya significación registra inmediatamente. Se tapa la cara y, llorando, se encierra en su

dormitorio. Manuel, confundido, va en busca de su madre y la encuentra descompuesta en una crisis de llanto, con una almohada en la cabeza: “Terminé llorando yo. ¡No sabés cómo me puse! Me peleé con mi novia y, a ella, ya se le había pasado”.

Cuando Manuel intenta separarse de las palabras de su madre, es en el marco de intensas discusiones en las cuales ella puede decirle que se va a morir por culpa de él, que es una basura como hijo, que cuando ella se muera él va a entender lo malo que él es; dichos ante los cuales Manuel queda absolutamente detenido y consumido por la culpa.

Durante las primeras entrevistas Manuel vacila en atribuirles un sentido claro a estos “circos” o “espectáculos”, como luego nombrará a aquellas escenas. Me pregunta en varias ocasiones por mi parecer: ¿puede ser que su madre finja estos ataques para manejarlo? ¿Cómo puede ser que él no se haya dado cuenta?; ¿Porqué le dice que se va a morir por su culpa?

Si bien Manuel dice que siempre fue así, en varias ocasiones refiere que, ahora, esto se le hace insoportable; que antes no se daba cuenta, pero desde que está empezando a hablar, puede decirle algunas cosas a su madre. Pero, ¿desde cuando estas escenas y estos dichos de la madre, tan absolutos, pueden dar lugar a algunas preguntas?

Seis o siete meses antes de la consulta, Manuel tuvo un encuentro con su abuela paterna a partir del cual toda la relación con su madre pudo ser puesta en tela de juicio. Esta abuela le dice que su padre, quien vive en Italia desde que Manuel tiene once años, le habría escrito cartas en reiteradas ocasiones, y que su propia madre se las habría negado, y que, si había dejado de escribirle, era porque había entendido que nunca estas cartas le llegarían. Además, le asegura que su padre pregunta siempre por él y, también, que quiere verlo.

Lo volvieron loco

Los padres de Manuel se separaron cuando él tenía dos años. Dirá que, por un lado, escuchó a su madre decir que su papá era un mujeriego y no le gustaba trabajar; por el otro, su abuela paterna deslizó que a su padre “lo volvieron loco”. Él dice que no sabe bien, pero le resulta más creíble esta segunda versión. Al poco tiempo de nacido su primer hijo, Manuel y su esposa fueron a vivir a la casa de la familia materna. En esta casa conviven su madre, dos tías, el esposo de una de ellas y unos cuantos hijos, viven “todos-juntos”. Si Manuel cree que a su padre “lo volvieron loco” es porque durante dos meses vivió en esa casa donde abundan las peleas, no hay otra palabra que la de ellos y nadie acostumbra golpear la puerta antes de pasar.

Recuerda que, hasta sus ocho años, su padre lo pasaba a buscar por su casa tres veces por semana y lo llevaba con él, pero dice no entender qué pasó después. Poco a poco, recuerda escenas de fuertes discusiones entre sus padres, cuando su padre se hacía presente y su madre o sus tías le negaban la posibilidad de verlo o pasar un rato en su compañía. Incluso, luego de un importante accidente del cual le queda una considerable cicatriz en el rostro. Le llama la atención que, frente a lo sucedido, su padre se presente diariamente para visitarlo, hasta varias veces en un mismo día. Recuerda nuevas discusiones y que, de un día para otro, su padre volvió a ausentarse. En una de estas intensas discusiones, le escucha decir a su madre: “¿qué? ¿me lo querés sacar?”

Cuando Manuel tiene once años, su padre viaja a Italia, sin aviso previo y sin decirle nada. Desde allí, le escribe cartas periódicamente, a las cuales Manuel sólo puede

responder escribiéndole desde la casa de la abuela paterna, puesto que su madre no alienta esta correspondencia. Recuerda que, por su intermedio, en muchas de estas cartas su abuela le pedía a su hijo que regresara. Durante las entrevistas, relee las cartas que guardó de su padre: éste le hace saber que lo quiere, que lo extraña, que va a llevarlo con él unos meses para que conozca Italia.

No recuerda haber escuchado un comentario negativo respecto de su madre de la boca de su padre o abuela paterna; (todo lo contrario a lo que acostumbraban hacer su tía y su madre cuando hablaban de su padre) Dice que su padre nunca habría robado, tal como lo hacía su madre en los lugares donde trabajaba:

“Si mi viejo hubiera estado conmigo, yo sería más maduro”.

Los dos pesitos

Manuel inhala cocaína, únicamente, cuando ha tomado alcohol en grandes cantidades. Resulta que, cuando toma un poco de más, lo asaltan “los bajones”; pensamientos que lo entristecen y lo llevan al llanto: “¿qué hubiera sido si mi papá hubiera estado conmigo?”; “las cosas malas que hice”; “mi mamá”. “En esos momentos, lo único que me saca de esos pozos es un tiro de esa porquería, ya no me quedo deprimido, me saca los pensamientos”.

En varias oportunidades, luego de intensas discusiones con su madre, Manuel tomaba alcohol en exceso y consumía cocaína. Dirá que a su madre no le puede decir nada, que antes de "tocarla a ella", se hace pelota por dentro. Incluso, mientras dura el período de entrevistas, el consumo de cocaína es sólo luego de discusiones familiares o de intromisiones de su madre. Si tiene un problema con ella, tiene que "desquitarse" con el alcohol: “No puedo soportar que le duela a ella; antes, que me duela a mí”.

Durante el tiempo de entrevistas, Manuel no puede dormirse si no toma un litro de vino. Lo asaltan “los pensamientos”, se da “manija” y se pone muy nervioso; ¿porqué hizo esto?, ¿porqué aquello?; muchas cosas de las que se arrepiente, mucha culpa. Es natural que todo esto suceda a partir del momento en que Manuel comienza a decirle algunas cosas a su madre: “la ropa la lava mi mujer”, “esta no es tu casa y si abris la heladera pedís permiso”, “cosas robadas en mi casa no”. A partir de entonces, siente cambios en la relación con su esposa y sus hijos. Con tono de satisfacción, me dice que ellos ahora le piden cosas a él, le hacen preguntas, están más cariñosos, le obedecen, prestan atención a sus retos.

“Nervioso, pero bien” es el marco dentro del cual puede tomar algunas decisiones, como pasar la navidad con su familia y el año nuevo con la familia de su mujer, “traición” a contrapelo de la “tradicción” de pasar las dos fiestas con su madre y sus tías. Con un amigo, intentan un emprendimiento laboral por fuera de los trabajos que siempre fueron provistos por su familia materna.

Estos puntos en los cuales poco a poco Manuel “se pone firme” no son sin grandes peleas familiares, luego de las cuales, su familia le ofrece regalos en virtud de la intensidad de las mismas. Después de una discusión por la cena de año nuevo, su madre se aparece en su casa con cinco kilos de carne. Luego de otra discusión más intensa, su tía le regala un juego completo de dormitorio. “¿Yo les digo todas esas cosas, ellas me dicen todo lo que me dicen, me hacen regalos... y yo todo bien?”

En cierta oportunidad, su madre había arreglado las cosas de tal forma que Manuel debía hacer un asado para varias personas, de las cuales, era sabido, muchas consumían

cocaína. Desafiando la ira de su madre, se niega a realizar este asado, al considerar que, si bien recibirá paga por esa rápida tarea, está seguro de que terminará gastando el dinero ganado con la misma velocidad. Su madre insiste y, al no aceptar un no como respuesta, le dice: “a vos te hace falta que yo te de los dos pesitos”. Le pregunto por esto y, avergonzado, me dice que su madre es quien le da el dinero para consumir drogas:

- *Mami, ¿me das dos pesos?*
- *Ab! Ya te vas a comprar un porrito.*
- *Mami, ¿me das diez pesos?*
- *Ab! Ya te vas a comprar esa gilada.*

La madre de Manuel acostumbraba darle plata a cambio de algo, por ejemplo, si se cortaba el pelo o si visitaba a su prima. El hecho de que su madre y su tía supieran perfectamente en qué iba a ser empleado el dinero no les impidió sacarle un turno en una institución con la palabra ADICTO (en mayúsculas) en el cartel de entrada, puesto que Manuel, aunque cada vez más esporádicamente, seguía consumiendo cocaína. Si Manuel rechazó estas ofertas, fue en virtud de que, poco a poco, el tema de las drogas iba cediendo en importancia.

Las cartas del padre

Si bien todos estos puntos en los cuales Manuel se separa de lo que su madre quiere de él tienen interés, uno merece nuestra especial atención: la búsqueda de su padre. Desde el encuentro con su abuela paterna, Manuel comienza a escribirle cartas a su padre y a comunicarse telefónicamente con él. Ambos tipos de contacto tienen lugar en la casa de la abuela paterna y corren a cuenta de su línea telefónica o engrosan el correo de la familia paterna. Manuel nunca había recibido una carta en su propia casa, ni había realizado un llamado telefónico por su cuenta.

En estas comunicaciones orales o escritas, su padre le dice que está pensando en venir a la Argentina para las fiestas. Le repite que quiere verlo, hablar con él y, por qué no, llevarlo a conocer Italia. Manuel se alegra con estas afirmaciones al mismo tiempo que su nerviosismo se incrementa: “yo nunca hablé con él”; “nunca le dije que me drogué”; “no sé qué pensará”.

Su madre, y su tía en menor grado, no pueden ni siquiera escucharlo hablar de estos proyectos. Cada vez que nombra alguna cuestión relativa al padre, se desatan intensas discusiones. La tía de Manuel habla con su esposa para decirle que, si ella no se opone a este encuentro, seguramente Manuel la abandonará,

En los días previos a las fiestas, Manuel retoma el diálogo con la abuela y el abuelo paternos, se visitan con frecuencia, comparten algunas comidas, de tal forma que, al tiempo, parece natural que Manuel los invite a pasar las fiestas con su esposa y sus hijos, teniendo en cuenta que su padre no ha llegado al país. Confundido, dirá que, sin previo aviso, sus abuelos no se presentaron a la cena acordada. Pide explicaciones y su abuela le dice que están muy ocupados y que no pueden atenderlo. Sin sorpresa, confirma que su tía ha

intervenido en el asunto a través de una comunicación telefónica inquietante para la familia paterna. Esta tía, la misma que lo acompañaba en la primera consulta, en una oportunidad, luego de una discusión familiar, había roto a ladrillazos los vidrios de la casa de los abuelos de Manuel y, en otra ocasión, había emprendido a los golpes con el automóvil de aquellos y con la abuela misma. Es quien tiene los contactos políticos cercanos y y a la cual muchas personas le obedecen atemorizadas. Una zorra gris lista para hacer el peor escándalo en cualquier momento: “A mi tía, nadie le dice que no”.

Manuel, al tiempo que devuelve el juego de dormitorio completo y otros “regalos”, le escribe por primera vez a su padre desde su casa. Dirá que nadie sabe de esta carta, que la escribió solo y sólo la despachó. En ella le escribe que, aunque no se vean, él quiere “empezar una relación con él”, sin intermediarios.

Un poco sorprendido, me dice que su madre le regaló un portarretrato para la foto de su padre y que averiguó por él la dirección de éste en Italia: “La relación con mi mamá ahora es seca, como a mi me gusta”; “no se anda metiendo todo el tiempo; es más una relación de madre e hijo”.

Frente a la negativa de la abuela paterna a darle el número de teléfono de su padre, se instala en la casa de ella y no se va de allí hasta tanto ella le da lo que le corresponde: “ese número me pertenece a mi tanto como te pertenece a vos”. “Ahora tengo el número y la dirección, le escribí desde mi casa y puedo ir a un locutorio. Buscar a mi papá es la única decisión que tomé en mi vida”

Perspectivas

1. Es posible aislar la función del tóxico en tres versiones distintas. "Antes de tocarla a ella", los "bajones" y el "hacerse pelota", parecieran ser tres formas del tóxico que, como en un acorde musical, pueden confundirse, pero no por eso dejan de ser notas distintas.

La primera de estas notas podría llevar por nombre *La separación*. La madre de Manuel se entromete en su vida con poco pudor y pocas restricciones. "Salvo para el fútbol, para todo estaba ella", y es innegable que Manuel ha encontrado serias dificultades para conseguir un espacio de intimidad. Dormir con su madre hasta los doce años, la transparencia que pone en juego en sus explicaciones y la realización minuciosa del parecer de ella son convergentes en un punto: Manuel no está a una buena distancia de su madre. Y, aquí, la distancia no sólo es simbólica. Recordemos que también hay una distancia de la otra, material, que puede medirse en centímetros, metros y kilómetros.

Cuando el horizonte de Manuel intenta abrirse un poco más allá de su madre, comienzan las discusiones y, en general, Manuel se repliega. Que su madre esté siempre "encima" de él y que "antes que tocarla a ella" se desquite con el alcohol, bastan para considerar el tono incestuoso implicado en esa corta distancia. Por otra parte, recordemos que, en cuanta oportunidad se les presentó, la madre o la tía de Manuel se encargaron de echar a patadas a su padre.

El tóxico, desde este punto de vista, pareciera funcionar en el intento de armar un espacio separado de su madre. Es usual que muchos pacientes toxicómanos se refieran a "consumo" como si fuera un lugar geográfico. Frases recurrentes como "en esa época yo estaba *en consumo*" o "tal es un amigo *de consumo*" dejan indicada una referencia casi topográfica, como si se tratara de Bariloche o Pehuajó. El tóxico le permite a Manuel establecer las coordenadas de un lugar recortado del espacio materno. De este modo, ahora que no juega más al fútbol, el ambiente del tóxico es la excepción al "para todo estaba ella", y el consumo, a falta de algo más propicio, le posibilita una relativa separación.

Pero nadie se separa intoxicándose. Durante el tiempo que dura el efecto narcotizante puede parecer, como en el fenómeno alucinatorio, que las cosas son como se desean; pero el encanto dura poco y, al día siguiente, la distancia es más estrecha, puesto que si hay algo que queda demostrado es que Manuel no se las puede arreglar solo. La culpa, entonces, no hace más que empeorar el cuadro.

La segunda nota bien podría llevar por título: *El círculo infernal*. Al mismo tiempo, el alcohol y la cocaína ejercen su función, uno a contrapelo de la otra. El primero instala la pregunta por el padre, la segunda se esmera en anestesiarla. Los "bajones" atestiguan que las cosas no marchan del todo bien. Pero, al tiempo que la pregunta aparece únicamente como culpa, no se presta del todo a la elaboración, y, además, en la medida en que es silenciada por la cocaína, la posibilidad hacer algo con esa pregunta se envanece antes de que Manuel levante el teléfono para pedir una consulta. El hecho de que no pueda tolerar aquellos bajones nos pone en la pista de la misma labilidad por la cual no le sería fácil sostener la apuesta de un análisis. En la biografía de Freud,¹ Jones comenta que el maestro se quejaba de los tratamientos

¹ Ernest Jones: *La vida y obra de Sigmund Freud*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1975.

analíticos con pacientes alcohólicos; era inquietante interpretar, puesto que, por poco que se angustiaban, recurrían nuevamente al alcohol.

Del alcohol a la cocaína y de la cocaína al alcohol, de la pregunta por el padre a su silenciamiento, de una a otro, una y otra vez, y no puede escapársenos el tono esclavizante de este círculo demoníaco. Apenas Manuel ve surgir en inicio aquella pregunta que extiende el horizonte estrecho del espacio materno, se le hace necesario acallarla, por angustiante y peligrosa. Evidentemente, no iba a ser fácil que Manuel tolerara las tensiones que un análisis supone, si la apuesta es la de hablar y escucharse.

La tercera nota de aquel acorde se podría titular *Basurita de mamá*. Silvia Amigo, en un trabajo muy recomendable,² se permite una lectura de los términos de Freud en *Introducción del narcisismo*. Según ella, *his majesty the baby*³ se propone como la mejor versión de la matriz simbólico imaginaria, armada en función de cómo el Otro se representa aquello que lo colmaría. Esta frase es el enunciado normativo puesto que contiene cierta dosis de engaño amoroso y, como tal, se muestra para aceptar la salida exogámica que la cultura exige

Ahora bien, es innegable la importancia de esta frase con la cual se nombra este deseo parental. Si el *his majesty the baby* es la frase que nombra el narcisismo, mejoran las posibilidades de que algo de esa majestad pueda ser ejercida de las puertas de casa para afuera. Pareciera haber frases que, lejos de bendecir, más bien injurian y maldicen, al tiempo que nominan el narcisismo. Y es claro que no es lo mismo *la majestad* resultante de la larga añoranza de la promesa fálica, sellada con una frase que habilite un destino posible (del estilo "serás veterinario como el abuelo"), que el destino injurioso e indigno de ser "la basurita de mamá". El primero de estos destinos, por más alienante que nos parezca, no deja de propiciar una forma de satisfacción articulada al Ideal. Pero, ¿a dónde podría ir alguien en función del segundo enunciado?

Pareciera ser que "*la basurita de mamá*" no encierra la cuota de engaño amoroso necesaria para que Manuel se envalentone a jugar la vida fuera de la órbita de su madre. Desde aquí, se nos aclara aquel acuerdo tácito que Manuel y su madre mantienen. Ella es la que le da dinero sabiendo en qué Manuel lo invertirá, porque en esta cuestión, madre e hijo parecieran estar en sintonía. El tóxico le permite a Manuel ausentarse temporariamente, a condición de no desatender el pacto fundamental, ese que habría de enunciar que Manuel es pertenencia de su madre. La complicidad de ella no es más que el correlato siniestro de que la madre está dispuesta a darle ese dinero con tal de que el hijo respete el pacto aquél.

2. En el relato, siempre aparece un impedimento para que el padre de Manuel se encuentre con su hijo. Ya sean las discusiones con la madre de Manuel, la distancia o los ladrillazos, siempre se trata de una presencia femenina que impide este encuentro.

Durante el tratamiento, Manuel vuelve a tener contacto telefónico y epistolar con su padre. Inicialmente, éste se muestra interesado en hablar con él después de tantos años; semana a semana, le dice que lo quiere, que lo extraña y que lo espera para pasar unos meses en Italia. Si bien la misma cantinela hacía que el desenlace fuera previsible, era necesario que

² Silvia Amigo: "El análisis en los bordes", *Bordes: un límite en la formalización*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1995.

³ Sigmund Freud: "Introducción del narcisismo", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1989, Tomo XIV, pág. 88.

Manuel se encontrara con su padre; que, después de todo, interesado o impedido, es el padre que le tocó.

Al poco tiempo de retomado el contacto, Manuel comienza a advertir ciertos gestos desalentadores en las conversaciones telefónicas. Cierta día acordado, no lo encuentra; las largas e interesantes charlas de un principio, poco a poco, se vuelven un tanto repetidas. Percibe un tono de incomodidad en su voz, pero supone que, seguramente, su padre está en compañía de alguien, de modo tal que no puede hablar con naturalidad. Hasta que un día atiende el teléfono una mujer, la esposa de su padre, para decirle que no los moleste más, que ya tienen una vida armada en Italia. Manuel pide por su padre, y confirma, con mucha angustia, que aquel corrobora los dichos de su actual mujer. Por segunda vez, su padre impedido por una mujer; cada vez, más claramente “pollerudo”.

A nadie se le escapa que cuando Manuel dice que hace todo lo que su madre quiere está eludiendo su responsabilidad. Pero, ¿de dónde podría este muchacho haber extraído algún rasgo que lo separe de estos dichos maternos? ¿Dónde podría Manuel haber encontrado los rasgos para posicionarse más virilmente?

"Lo que tu heredaste de tus padres adquiérello para poseerlo"⁴ es la frase del Fausto de la cual Freud se sirve para pensar este proceso. En lo que a heredar se refiere, pareciera ser que Manuel está en problemas para separarse de su madre. Frente a la pregunta ¿qué es un hombre?, el padre de Manuel responde, con vacilaciones, que ¡se trata de estar escondido detrás de una mujer!

Desde aquí, es posible entender que Manuel me preguntara muy seguido sobre mi parecer. En la medida en que estas preguntas se desplegaban, mi tarea consistía en que las mismas se sostuvieran en el tiempo. ¿Porqué mi mamá me dice que se va a morir por mi culpa? ¿Es posible que ella finja estos ataques? ¿Cómo puede ser que él no se haya dado cuenta? Era claro que si yo me encargaba de responderlas, la situación de Manuel no cambiaría gran cosa. Abstinencia entonces, que no se trataba de ocupar el lugar al cual él me llamaba. Puesto que, si yo le decía qué hacer, él seguiría obedeciendo, ahora, ¡en lugar de a su madre, a mi! Era necesario que fuese él mismo quien ensayara sus respuestas, y mi trabajo consistía en armar un espacio propicio en el cual esta tarea tuviera lugar.

Nervioso, pero bien es el estado de ánimo que acompaña aquellas decisiones que lo llevan a acotar algunos de los excesos de su madre. Es indudable que comenzar a plantearle algunas cuestiones a ella no podía ser sin consecuencias. Por otra parte, el tóxico funciona como una versión de la pereza.⁵ Es decir, antes de tolerar la tensión de separarse de ella, le era preferible el adormecimiento que le brindaba el tóxico. Pero este ropaje de desidia apenas vela el tono incestuoso de la relación. De tal modo, el *nervioso* indica una tibia asunción de responsabilidades.

"La relación con mi mamá, ahora, es seca, como a mi me gusta", "es una relación de madre e hijo" me dirá Manuel, en otra ocasión. Que califique de *circos* o *espectáculos* a aquellos ataques de la madre da cuenta de que le es posible situarse a una distancia un poco más propicia. Al mismo tiempo, pone en cuestión el beneficio que extrae de aquella cercanía. Hasta los regalos se le vuelven una forma poco sutil de continuar en ese encierro.

⁴ Johann Wolfgang Goethe: *Fausto*, Editorial Losada, Buenos Aires, 2001, pág. 27.

⁵ "Incluso la actual toxicomanía de masas debe ser vista desde la perspectiva de esa destrucción de la experiencia. Quienes descubrieron la droga en el siglo XIX (acaso los menos lúcidos entre ellos) todavía podían abrigar la ilusión de que efectuaban una nueva experiencia, mientras que para los hombres actuales ya sólo se trata de desembarazarse de toda experiencia." Giorgio Agamben: *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2007.

La madre de Manuel, cada vez más individualizada de aquel grupo de tías, toma nota de lo anterior y le regala un portarretrato con una foto del padre. Hasta ese momento, Manuel tenía prácticamente negada su propia identidad. De su padre, no se podía hablar siquiera. Alguna de aquellas tres mujeres, verdaderas *Grayas* bonaerenses, se encargaba de silenciar esta cuestión. Con aquel portarretrato, el tema del padre era por primera vez, un tema de conversación.

Pero, es necesario tenerlo en cuenta: todos estos movimientos fueron posibles mientras duró el telón de fondo, según el cual, el padre de Manuel respondía a su llamado. Si buscar a su padre fue la única decisión que tomó en su vida, tenía que llevarla adelante, hasta donde se pudiera. Y fue lo que Manuel hizo. Buscó a su padre hasta el punto en el cual encontró lo que, posiblemente, supo desde siempre: que, si se decide alguna vez por ser un hombre, no podrá contar con él.

La marca de la realidad, bien lo sabemos por Freud, es la desilusión. Desde aquél momento en adelante, las cosas para Manuel no fueron fáciles. Las *Grayas*, ahora enardecidas, con su único ojo y su único diente, podían recrudescer en el argumento; que después de todo, decían tener razón: su padre no valía gran cosa y es mejor preguntar menos. De aquí en más, Manuel se repliega nuevamente en lo que conoce que, como dice el Martín Fierro, *¡uno se aquerencia hasta con los abrojos!*

Non liquet, como en algún lado nos escribe Freud. El caso no está cerrado: Manuel pide una o dos consultas por año, a las cuales no concurre. En el último llamado, me pregunta si me acuerdo de él. Le contesto que sí, que me acuerdo; pero que, si no continúa con su análisis, que yo me acuerde, a él le va a servir de poco.